

VI 30

1845

as follows:

II. 31. 1845. 1846.

1847. 1848.

1849. 1850.

1851. 1852.

1853. 1854.

1855. 1856.

1857. 1858.

1859. 1860.

1861. 1862.

1863. 1864.

1865. 1866.

1867. 1868.

1869. 1870.

2

ELOGIO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

PREDICADO

EN SU PRIMERA FESTIVIDAD

DESPUES DEL RESTABLECIMIENTO DE DICHA COMPAÑIA

EN ESTA CORTE,

EL 31 DE JULIO DE 1816.

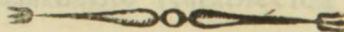
EN LA CAPILLA

DEL REAL Y MAS ANTIGUO COLEGIO DE S. ILDEFONSO,

POR EL P. DR. D. JUAN BAUTISTA DIAZ

PEREZ Y CALVILLO,

EXAMINADOR SINODAL DE ESTE ARZOBISPADO, PRESBITERO SE-
CULAR Y DIRECTOR DE LOS EXERCICIOS ESPIRITUALES DEL MIS-
MO SAN IGNACIO EN LAS CASAS DE HOMBRES Y MUGERES DEL
REAL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE ESTA CAPITAL.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MÉXICO:



Calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba.

Año de 1816

ELOGIO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑIA DE JESUS

PREDICADO

EN SU PRIMERA FESTIVIDAD

DESPUES DEL REESTABLECIMIENTO DE DICHA COMPAÑIA

EN ESTA CORTES

EL 31 DE JULIO DE 1816

EN LA CAPILLA

DEL REAL Y MAS ANTIGUO COLLEJO DE S. JERONIMO

POR EL P. D. D. JUAN BAUTISTA DIAZ

PEREZ Y CALVILLO

EXAMINADOR SIMON DE ESTE ARABISTADO, PRESBITERO DE
CURIA Y DIRECTOR DE LOS EXERCICIOS SPIRITUALES DEL MIS-
MO SAN IGNACIO EN LAS CASAS DE HOMENES Y MUJERES DEL
REAL ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE ESTA CAPITAL

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MÉDICO

Calle de Santa Domingo y esquina de Toledo

Año de 1816

Al EXMÔ. SR. D. FELIX MARIA CALLEJA
DEL REY, Virey y Capitan General de
esta Nueva España.

LA COMPAÑIA DE

JHS.

EXMO. SOR.

El presente Sermon, en que sublime y dig-
namente se ponderan las glorias del Santo
Fundador de la *COMPANIA DE JESUS*, de-
bia ésta dedicarlo á V. E., é imprimirlo ba-
xo su proteccion, ya que baxo de la misma
se vé gloriosamente restablecida en este Rey-
no.

Lo hace, pues, y lo ofrece á V. E.

Sirvase V. E. admitirlo, y permitir
salga á la luz pública autorizado con su res-
pe-

petable nombre, para que acredite la *com-*
PANIA, á su elocuente autor el aprecio que
le merecen sus fatigas y talentos, y para
que dé algun desahogo á la gratitud que
profesa á los multiplicados é interesantes be-
neficios con que cada dia la favorece la ma-
no generosa de V. E.

EXMO. SR.

El presente Sermon, en que sublime y dig-
namente se ponderan las glorias del Santo
Fundador de la *COMPANIA DE JESUS*, de-
dica esta dedicatoria á V. E., é imprimirlo pa-
ra su proteccion, ya que bajo de la misma
se vé gloriosamente restablecida en este Rey-
no.

Lo hace, pues, y lo ofrece á V. E.
Su V. E. admitirlo, y permitir
salga á la luz pública autorizado con su res-
puesta.

*Ite: ecce ego mitto vos.... et in quamcumque civi-
tatem intraveritis..... dicite illis: Appropinqua-
vit in vos regnum Dei.*

LUCAE X. 3. v. 9.

El hijo eterno de Dios vivo, que mientras habitó con los hombres en la tierra, jamas buscó su propia gloria, sino la del Padre celestial, cuya honra y alabanza fueron siempre el objeto único de sus trabajos, y el fin todo de su doctrina, si escogió doce pescadores humildes, para que, como Apóstoles y Coadjutores suyos en tan alto ministerio, promoviesen, derramados por el mundo los intereses de Dios, extendiendo el conocimiento de su nombre; señaló tambien setenta y dos Discípulos, inferiores en dignidad á aquellos, mas con el encargo de anunciar igualmente á las villas y ciudades la cercania del Reyno de Dios, no con otro fin, que con el mismo de que estuvo siempre guiado el celestial Maestro que los enviaba. Sí: Jesus apareció en la tierra, se humilló voluntariamente, pasó una gran parte de su vida en obscuridad y abatimiento, y la terminó entre afrentas y dolores solo por ensalzar la honra de un Dios único, y absoluto dueño de todas las criaturas: ni juzgó el Salvador

que hacía demasiado en sacrificar esa misma vida suya tan preciosa á este digno y noble objeto. La mayor gloria del Señor pendia de tanto cúmulo de trabajos, tormentos, é ignominias, con las que hubo de abrazarse estrechamente, y de la muerte tan acerba que gustó pendiente de una cruz, y este motivo superior á qualquiera otro lo determina á llevar sobre sí tan duro peso, dando exemplo á sus Apóstoles y Discípulos del empeño con que debian procurar la exáltacion de su nombre, llevandolo por la tierra, y enseñando á sus próximos como le habian de alabar, haciendose ellos mismos un reyno vivo de Dios. Este, pues, debe ser el principal intento de los que, succediendo legitimamente á aquellos, escogidos por Jesus quando se hallaba aun en carne mortal, tienen en la Iglesia el mismo encargo de los primeros: ni desempeñaron tan honrosa comision, si, engañandose á sí mismos, mezclan sus propios intereses, su gloria, su alabanza propia, donde ni se ha de buscar otra cosa que la de Dios, ni descansar jamas en el trabajo de solicitarla hasta el mayor grado posible. Tal es la estrecha obligacion de un Obispo y de un Presbítero, que respectivamente tienen hoy la dignidad de que gozaron el Apóstol y el Discípulo; pero si ambos por el fin de su alto ministerio han de emplear sus cuidados á mayor gloria de Dios en la ayuda de sus próximos, todos, sin la menor excepcion, nos hallamos pre-

cisados á buscarla en nosotros mismos, y sin salir de nuestra alma y nuestro cuerpo, negociar con esto poco, hasta lograr en orden al propio fin la mas quantiosa ganancia, pues el amor que á Dios debemos nos estrecha á promover los asuntos de su gloria.

Y ved ya, señores, en la exposicion de estas verdades delineado el caracter del grande Ignacio de Loyola, ilustre Fundador y Padre de la compañía sagrada de Jesus, restablecida nuevamente para bien de todo el orbe. El, animado de un zelo ardiente y generoso, desde el primer paso de su vida espiritual todo lo endereza á buscar con empeño la mayor honra del Criador; y olvidado de sí mismo y de quanto pueda tocar á su persona, ni piensa, ni desea, ni habla, ni hace cosa alguna, que á la mayor gloria de Dios no vaya enteramente dirigida. Por eso Dios le toma por instrumento proporcionado, y lo destina á anunciar su reyno á los hombres, ya por medio de unas pocas reglas que le dicta para la conversion de los pecadores y adelantamiento de almas justas, ya valiendose de él para que instruya y enseñe Discipulos que á semejanza de los de Jesus se extiendan por la tierra ensalzando el santo nombre de Dios: *Dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei*. No espereis de mí el que os le presente como un héroe, á quien por todas partes engrandece la virtud mas pura y acendrada, ni que os lleve por el espacio de

su vida, señalando los acontecimientos todos que lo han hecho digno de singular alabanza. Quede este empeño á otro ingenio superior al mio, que con lengua desembarazada haga quanto hubierais de desear en el asunto: yo mientras tanto, contentiendome dentro de los límites de mi pequeñez, solo quiero manifestaros en Ignacio un hombre dedicado á buscar la mayor gloria de Dios, ó me explicaré de modo mas propio, os pondré á la vista la conducta de Dios para con él, que solicita la exáltacion de su nombre por medio del libro de los exercicios espirituales que hace escribir á Ignacio, y por el establecimiento de una compañía, que ennoblecida con el santo nombre de su mismo hijo Jesus, no tiene otro fin que la mayor gloria divina. Asi entenderéis como Ignacio y sus hijos han cumplido el precepto, que, segun la aplicacion que hoy hace la Iglesia parece dirigido á este gran Patriarca y á los que profesan su admirable instituto. *Ite: ecce ego mitto vos.... et in quamcumque civitatem intraveritis.... dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.*

Este es todo el elogio que alcanzo á formar de un héroe como Ignacio de Loyola en circunstancias que pedian ciertamente Orador mas aventajado. Hoy, señores, se han cumplido los cincuenta años desde la ultima vez, que sus beneméritos hijos tuvieron el placer de solemnizar en México la memoria de tan digno Padre, y oír sus alabanzas, no de la boca de un extraño, que

tai vez hoy las habrá de disminuir, sino de la
 de un hermano y doméstico, que siempre acer-
 tó á engrandecerlas. Perdonad ilustres herederos
 del espíritu de Ignacio, perdonad la escasez y
 mezquindad, con que á pesar de mis deseos, ha-
 blaré de las virtudes de vuestro gran Patriarca; y
 ya que vosotros mismos, no solo admitisteis el
 obsequio con que los hijos de mi buen Padre
 Felipe, contribuyen hoy, por la vez primera des-
 pues de vuestro restablecimiento, á la gloria de
 ese ilustre Fundador de vuestra santa Compañía,
 sino que pusisteis los ojos en mi el ultimo de
 ellos, para que tomase la voz en este lugar tan
 respetable, llevareis la pena justa de vuestra elec-
 cion menos acertada en escuchar al que, si tiene
 la mejor intencion, no halla en su mediano in-
 genio recursos para verificarla. Mas si lo único á
 que todos debemos aspirar siempre, es la mayor
 gloria de Dios, quiero yo tambien que este mi
 pobre discurso á ella sola se endereze, por lo
 que os ruego, señores, me ayudeis á implorar la
 gracia del Espiritu Santo, interponiendo la me-
 diacion eficaz de su amada Esposa.

AVE MARIA.

El hombre es criado para alabar, hacer reverencia, y servir á Dios nuestro señor, y mediante esto, salvar su ánima: y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecucion del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, quanto le ayudan para su fin; y tanto debe quitarse de ellas, quanto para ello le impiden. Por lo que es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre alvedrio, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte mas salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demas, solamente deseando y eligiendo lo que mas nos conduce para el fin que somos criados. Ved aqui Señores las mismas palabras, con que el gran Patriarca S. Ignacio de Loyola expone en el libro de sus exercicios una verdad, á la que da el nombre de principio y fundamento; y ella sin duda lo es de todas nuestras acciones en el camino de la vida espiritual, pues habemos de sujetarnos á la magestad suprema é infinita de Dios nuestro criador y señor en tal manera, que ni el alma, ni el corazon, ni la fuerza y virtud ó interior de la misma alma, ó exterior del cuerpo son libres jamas para dexar de amar, servir y reverenciar al que con su poder divino dió á todas estas

cosas el ser que antes no tenían, que ellas nunca pudieron darse, y que recibido, debe siempre dirigirse á buscar la mayor gloria de su soberano hacedor. Luego el hombre criado solo para Dios, no lo fue para gozar de las criaturas; y aunque ellas ó con la falsa apariencia de bien, como las riquezas y el honor, ó con la realidad de un bien apetecible en el orden natural, como la vida larga y la salud, quieran tomar posesion pacifica de su corazon, prometiendole que en todos ó alguno de estos objetos encontrarán sus afectos y deseos un perpetuo descanso; el debe hacerse indiferente á todo ello, y estar siempre dispuesto á recibir de la mano de su Dios lo que fuere servido enviarle, sin determinarse á escoger el uso de cierta clase de criaturas mas bien que de otras, sino al que le concediere la suprema voluntad del criador.

Ignacio, pues, que por el espacio de treinta años no habia considerado atentamente la verdad de este principio, reteniendole en su memoria con aquella superficialidad con que de ordinario todos le sabemos: Ignacio, que, como nacido en cuna ilustre y de Padres distinguidos en Guipuzcoa por la antigüedad de su casa solariega, y por sus enlaces con las primeras familias de Alava y Vizcaya, habia seguido en su niñez la corte y palacio del Rey Catolico D. Fernando, y comenzaba á emplear la robustez de su

juventud, el brio y ardor de su espíritu generoso y magnánimo, y su claro y despejado entendimiento en el ejercicio y ciencia militar: Ignacio, que buscando la gloria inmortal de las armas españolas, invencibles por lo comun al pavellon francés, servia al gran Carlos V. en la defensa de Pamplona contra la fuerza poderosa de Francisco I.: Ignacio, digo, postrado al golpe de una bala, lastimado de ambas piernas, é imposibilitado desde el 20 de mayo de 1521 de continuar sus hazañas militares, empieza á reflexionar allá dentro de si mismo lo que jamas habia meditado seriamente, y tocado de la gracia del Señor, determina consagrar el resto de su vida á buscar en todo la mayor gloria de Dios, no tanto por el interes de su propia salvacion. quanto por exercitarse en obras del agrado y servicio de quien, como su criador, es dueño absoluto de su alma y de su cuerpo, de sus potencias y sentidos, de sus deseos y acciones, y de todo lo que en el se mueve y tiene ser.

Con que yo, se dice el á si mismo, no soy mio, sino de Dios, que crió esta mi alma á su imagen y semejanza, infundiendola en mi cuerpo, para que ambos le sirviesen y adorasen. Con que no son mios ni el entendimiento, ni la memoria, ni la voluntad, ni los afectos del corazon, ni los movimientos exteriores, ni los miembros de mi cuerpo, ni mucho menos son mios la vida, la salud, la riqueza, el honor, las como-

didades, la nobleza del linage, la estimacion entre los hombres; nada de esto es mio, ni soy formado para ello. Todo es de Dios, y yo tambien soy de Dios, que á mi y á esas cosas nos ha dado el ser de que cada qual gozamos, solo con el fin de que cumplamos respectivamente su soberana voluntad. Ciego y engañado he vivido yo hasta aquí, solicitando esas criaturas como si fueran mias, pues mi corazon ansiaba y corria tras ellas, en lo que hacia á Dios una grave injuria, usurpandole el dominio de lo que no era mio sino suyo. Yo no hallo otro camino que oponer al abuso de las comodidades del cuerpo el exercicio de una austera penitencia, al deseo de allegar y conservar riquezas, una pobreza extremadamente rigorosa, y al apetito de la gloria, que ha dominado mi corazon, un metodo de vida en obscuridad y abatimiento. Satisfaré asi en quanto pueda los derechos de Dios que he desatendido, y me dispondré tambien á solicitar ya en lo de adelante su mayor honra y alabanza. Ea, pues, corazon mio, no te acobardes: acompañaame en el servicio de mi Dios como lo hiciste en el del mundo; salgamos de aquí, abandonemos nuestra casa, huyamos á pais distante donde no soy conocido, y busquemos ya siempre hasta la muerte la mayor gloria del Señor.

Dice: y á la manera de aquella fuerza poderosa, que lleva ácia el fondo la mansa corriente de un caudaloso rio, á quien para dete-

nerla no sirven de estorvo los mas duros peñascos, quando en la superficie no hay muestra alguna de ella, Ignacio, atacado por los ruegos y lisonjas, con que su hermano D. Martin Garcia de Loyola se esfuerza á disuadirlo de este piadoso intento, si mantiene en su rostro un ayre sereno, atento y apacible, conserva allá dentro del corazon una firmeza incontrastable, por la que respondiendo solamente, que jamas hará cosa indigna de la nobleza de sus mayores, se despide para siempre del Castillo de Loyola, y encaminase al Principado de Cataluña, para comenzar el noviciado de su vida espiritual por la visita del santuario de Montserrat, y abrazarse desde luego con la austeridad de una dura penitencia. Veriaisle, señores, que libre ya de enlaces y conexiones, solo, sin Padre, Madre, ni Hermanos, sin casa ni hogar, entregado totalmente en los brazos de la divina providencia, vestido de un saco grosero sujeto á la cintura con una cuerda, descalzo, sin mas que unos trapos viejos con que envuelve las cicatrices de la herida aun convaleciente, y una sandalia en el pie derecho que es todavia el enfermo, descubierta la cabeza y tendida con descuido por la espalda su rubia cabellera, sustentando toda la fuerza del cuerpo sobre un palo tosco que lleva en sus manos, se entra por el hospital de santa Lucia en Manresa, para mendigar como los otros pobres su alimento, y se ocupa en la oracion, á cuyo exer-

cicio, dedica siete horas todos los dias, ó en el servicio de los enfermos, con quienes practica los actos mas nobles de una caridad solícita y fervorosa: y he aqui que sin saberlo el mismo, ni entenderlo, mas obligado de un impulso secreto que le da su amor ardiente al criador, ha cumplido ya desde el principio de su conversion aquellos preceptos, que Jesus dió á sus Discipulos quando los envió á predicar diciendoles: Id, que yo soy quien os envio. No lleveis dos tunicas, ni calzado, ni saco de provisiones, ni bolsa para dinero. Saludad á los que os recibieren en su casa anunciandoles la paz; comed lo que se os pusiere delante, contentandoos con aquello sin pedir otra cosa, y en las ciudades decid publicamente: se os ha acercado el reyno de Dios.

Dixe, señores, que una fuerza interior de la caridad enseñó á Ignacio todas estas cosas; pues aunque habia leído algunas historias de los Santos, no fue otra su primera intencion, que la de imitar á los de vida austera y penitente; no á los que con sus trabajos y sudores apostolicos se emplearon ó en la conversion de los pecadores, ó en llevar el conocimiento de la fe á naciones gentiles y paganas, pues nunca le pasó hasta entonces por el pensamiento fuese él capaz de tan grande empresa. Pero Dios, que veia los tamaños de aquel corazon, que sin embargo de ser tan reciente en la virrud, habia comenzado por donde otros acaban, parece le daba

en premio de aquel amor, amor doblado, y del deseo de buscar su gloria, otros mayores deseos, y juntamente los caminos y medios por los cuales habia de procurarla. Yo lo admiro sentado en las calles publicas de Manresa sobre el humilde sardinel de una puerta, ó en el canton de una esquina, y alli rodeado á los principios de niños y gente pobre, y á mas tiempo aun de los vecinos acomodados de la ciudad, con semblante modesto, pero graciosamente sonroseado por el amor, brillando en sus ojos la hermosa luz con que el Señor interiormente lo dirige, con palabras claras y sencillas explica el ocultisimo misterio de la adorable Trinidad, como si le estuviese mirando á cara descubierta allá en el cielo, y todos los otros articulos de nuestra fe con tal peso de razones, qual no seria capaz de dar á las suyas un Teologo consumado, despues de larga y profunda meditacion sobre sus libros. Yo le veo atraerse con el exemplo de su extrema-pobreza el amor, y una singular veneracion de todos los manresanos, hasta verse obligado á entrar en una gruta cercana para habitar entre las fieras, las que no ponen miedo á muchos que aun alli buscan la conversacion y santos documentos de Ignacio.

Pero aquí, aquí es, Señores, donde yo os ruego fixeis principalmente vuestra atencion. Decidme ¿de donde ha sacado este principiante en la virtud, que aun cuenta pocos meses de haber dexa-

do el mundo: este hombre ignorante que jamás ha abierto los libros, ni entrado por el umbral de las escuelas; este joven que no ha oído otra cosa en su vida que el ruido y confusion de las armas, y aun se percibe todavía en sus manos el hedor de la pólvora: de donde repito, ha sacado ese quaderno con que empieza á instruir á las gentes en el arte difícil de la salvacion, con un fruto que parece admirable y copioso? *¿Exercicios espirituales para vencer á sí mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afeccion alguna que desordenada sea* (este es el título que ha colocado á la frente de su pequeño libro), pueden dictarse por un hombre, que aun no ha recibido las instrucciones competentes sobre la guerra continua que el hijo de Adán padece de sí mismo, y quantas sean, y la fuerza que tengan esas que Ignacio llama *afecciones desordenadas*? ¿Este novicio en la casa de Dios será capaz de sujetar á regla constante las diversas agitaciones con que es movido el espíritu humano, ó ya de sí mismo, ó ya del divino, ó ya del diabólico? Luego nos veremos precisados á confesar ó que la obrilla no desempeña su título, y entonces ni debe perderse tiempo en leerla, arrojandola de las manos con desprecio: ó que es verdaderamente nociva, como produccion de un visionario inexperto, y en este caso merece de justicia arder entre las llamas; ó que es obra agena dictada

por algun Sabio, de la que Ignacio se aprovechó para lograr crédito, y ya es necesario quitar á este visono hipócrita la máscara con que se cubre.

No ha faltado, Señores, quien pensara de alguna de estas maneras, antes que rendirse á confesar en el pobrecillo y humilde Ignacio un magisterio superior y divino, infundido en él por el Espiritu santo á los principios de su nueva vida, disputandole esta honra, que aun quando ella sola sin el hermoso acompañamiento de otras perteneciera á este Varon de Dios, le haria ciertamente digno de eterna memoria en la república cristiana. Ignacio, sí: Ignacio es el verdadero autor de esa pequeña obra, original no en la doctrina, porque esta es católica, y asi conforme á las santas Escrituras y dichos de los Padres de la Iglesia, sino respecto de su mismo autor, quien jamas habia leído tales libros, y en el orden, artificio y metodo que en ella se establece para sacar á qualquiera alma, que no haya perdido la fé, desde el cieno de sus culpas, y conducirla paso á paso, y por senda la mas cierta y segura hasta lo intimo de la union con Dios su señor y criador. No es ahora de mi intento el vindicar la legitimidad de tan preciosa obrilla, convenciendoot de que Ignacio sin tener á la vista alguna otra, la compuso en esta sagrada cueva enseñado solo de la experiencia propia, la que sin embargo de ser de pocos meses, por la mul-

titud de agitaciones que habia sentido, y regulado con acierto, equivalia á la de algunos años, y en lo demás instruido por la misma Madre de la eterna sabiduría. Yo os hago á todos la justicia de persuadirme que jamás habeis puesto en ello la menor duda, y solo quiero, conforme á mi propósito, admireis el gran fruto del amor de Ignacio á Dios su criador, por lo que diré francamente mi modo de pensar.

Dios por si mismo fué el director de unos ejercicios espirituales que tomó Ignacio desde que empezó su convalecencia en Loyola hasta terminarse los diez meses que habitó en Manresa. De estos ejercicios la primera semana, que corresponde á la via purgativa para salir del pecado, y que tiene por fundamento la verdad, que dixe al principio, tiene este nombre, concluyó en la confesion general que de todas las culpas de su vida anterior hizo con muy amargas lagrimas en el célebre monasterio de Montserrate, despues de la que, se desnudó de la ropa que traxo de su país, vistió el saco, y descalzo y pobre fué á adocenarse entre los del hospital, para entrar con este total desprendimiento en la via iluminativa que enseña la práctica de virtudes sólidas por la imitacion de Jesucristo, maestro y exemplar de ellas. Por medio de aquellas siete horas de oracion continuó recibiendo de Dios luz para discernir espíritus, para aquietar escrúpulos, para elegir es-

tado, y los medios de perfeccionarse en él, después de abrazado y escogido; y sobre todo le dictó el Señor, y le gravó profundamente en el corazón aquel grado tercero y perfectísimo de virtud, á que él mismo Ignacio dió el nombre de humildad, y consiste en abrazarse de la cruz de Cristo, escogiendo la pobreza efectiva contra la riqueza, el dolor contra la comodidad del cuerpo, y la ignominia contra la honra y estimacion. Convertido ya en un fiel traslado de Jesus pobre adolorido y cubierto de oprobios, Dios le lleva de su propia mano á lo mas íntimo del amor, fin de los ejercicios; y en un raptó que dura ciento y sesenta y ocho horas continuas, ó siete dias naturales, le revela cosas que Ignacio jamás dixo, que yo por ningun camino podré explicar, pero que vosotros, señores, habreis de conjeturarlas por la doctrina del mismo libro de los ejercicios, por el fruto que desde entonces comenzó á producir en diversas clases de personas que los tomaron, por el triunfo que alcanzó repetidas veces de quantos lo impugnaban, por la bendicion que de Dios atraen sobre sí los que aun hoy se determinan á practicarlos, y por otros mil saludables efectos que de ellos, si no queremos cerrar los ojos á la verdad, cada dia estamos admirando.

Pero no quiero yo tampoco ocuparme ahora en elogiar este pequeño libro de los ejercicios espirituales: basta leer la historia de ellos

publicada, entre otros, por los célebres Jesuitas Diertins y Rosignoli, para conocer quanto le ha debido la Iglesia desde el año 1522 en que fué escrito, y con quan poderosa razon ella, agradecida, le recomienda con expresiones de grande encarecimiento á todos sus hijos los fieles. Lo que no puedo omitir es, que, si de los tesoros de la eterna sabiduría fué enriquecido copiosamente el divino entendimiento del incomparable angel humano Tomás de Aquino, para que de todos los Padres que le precedieron, hiciese un cuerpo de doctrina cierta, infalible y segura, é impugnase con indecible gloria, no solo á las heregias, todas anteriores á su tiempo; sino tambien á quantas se habian y hayan de levantarse hasta el fin del mundo, lo que verificó este digno hijo de Domingo por una especie de milagro en su Suma teológica, con admiracion de todo el orbe; tambien manifestó el Señor á Ignacio las reglas universales de su oculta providencia en el camino de la salvacion de los hombres, las que con gran trabajo y estudio ya habian descubierto los santos, y se hallaban esparcidas en los inmensos volúmenes de sus obras, y ahora se vén recogidas, ordenadas y dispuestas con admirable método en este libro de los ejercicios espirituales, del que parece intentó Dios sacar el triunfo de su gloria en la santificacion de las almas, á semejanza de aquel raro, extraordinario y asombroso que ha logrado y logrará en

todos tiempos de la heregia y del error por la suma teológica del gran Tomás de Aquino. De aquí es, señores, que no toda clase de ejercicios espirituales producen estos grandes frutos de santidad, porque no todos son los legítimos que escribió este singular varon, pues ellos no tanto consisten en la materia de las meditaciones, que esa en qualquiera libro se halla, sino en cinco puntos capitales que como nervios de todas ellas las han de vivificar animandolas de su espíritu y fuerza, y en la forma que se ha de dar á todo eso, executando con la mayor escrupulosidad y exâctitud los documentos, anotaciones, reglas, exâmenes y avisos que prescriben; todo lo qual ningun otro antes de Ignacio habia ordenado en junto, ni Ignacio lo aprendió de los libros en que se hallaba esparcido, ni tampoco despues de Ignacio hubo quien por diverso camino haya logrado con igual eficacia el mismo fin.

Ahora bien, ¿qué ha sido todo esto sino un maravilloso efecto de aquella regla capital, que Ignacio escribe entre las veinte anotaciones primeras, y debe practicar su exercitante desde que comienza este nuevo camino, si quiere lograr el fruto de tan precioso trabajo? *Al que recibe los exercicios, dice, mucho aprovecha entrar en ellos con grande animo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciendole todo su querer y libertad; para que su divina Magestad, asi de su per-*

sona como de todo lo que tiene, se sirva conforme á su santísima voluntad. Ignacio pues, que desde el principio de su conversion se exercitó en lo que dicta este precepto, es decir, se entregó ciegamente en las manos de Dios, para que el Señor hiciese de él lo que gustase; insensiblemente aprovechó su trabajo no solo á él mismo, sino á quantos se acercan á practicar los dictámenes, que en este tiempo su observacion y meditacion profunda recogió para bien y utilidad de los demas. En suma: Ignacio no pensaba en instruir, predicar, enseñar, ni menos en ser un Maestro consumado de espiritu, y solo queria no mover ni extender sus deseos á cosa alguna sino á buscar la mayor gloria de Dios por medio de la santificacion propia, cumpliendo exâctamente en orden á este fin la divina voluntad: y Dios, que tiene sobre él otras miras ulteriores, lo enseña, lo ilustra, lo hace Maestro, Doctor, Apostol, dandole ya con los exercicios espirituales un medio eficacisimo, para llevar á los hombres á la conquista del reyno de Dios. *Ite: ecce ego mitto vos..... et in quamcumque civitatem intraveritis.... dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.*

Ya no es de extrañar que este hombre sin letras, y aun quando todavia se halla en el primer año de su nueva vida, haga progresos tan admirables, no solo respecto de sí mismo, sino en todos los vecinos de Manresa, á quienes ad-

mira con el exemplo de su virtud, y enseña con estos documentos, ni que su vida y su doctrina le hagan parecer à los ojos de todos como un hombre, no formado en la tierra, sino enviado del cielo para procurar la salvacion de las almas: pues él, habiendo ya muerto á sí mismo, á sus deseos é inclinaciones, es un instrumento el mas proporcionado de que Dios se ha valido para extender la gloria de su santo nombre. ¡Gracias inmortales sean dadas al soberano autor de tantos bienes, quantos produce este admirable arte de santidad, pues se dignó comunicarnos por medio de su siervo Ignacio unas reglas tan seguras para la felicidad verdadera de nuestras almas, y gracias tambien á Ignacio, que lejos de esconder esa divina y celestial sabiduría, la ha manifestado sin envidia para el provecho de todos los miserables hijos de Adan!.... Mas nó, no nos empleemos todavía en cantar á Dios justas alabanzas, porque de esta manera excitó el espíritu de su siervo para remediar nuestros males; aun nos resta que admirar en esta total resignacion de Ignacio en las manos de su criador y señor, con el fin de executar solamente lo que entendiase era mas á proposito del divino agrado.

Sale de Manresa, y despues de haber satisfecho su devocion con algunas santas peregrinaciones, comienza á estudiar latinidad. ¿Un hombre á los treinta y tres años mezclarse con los niños, y ocuparse en estudio tan árido? ¿Y qué

comodidades tiene para suavizar el fastidio que debe causarle? Ninguna. ¿Lo creeriais, señores? Pues venid conmigo á Barcelona, y vedlo allí entregado á un Preceptor de gramática, al que, con abundantes lágrimas, ruega lo azote como á un niño el dia que lo hallare atrasado, y para su alimento no quiere otra cosa que el muy escaso, que le proporciona una piadosa muger. Sigámosle á Alcalá, á Salamanca, á París; y en estas universidades admirarémós el empeño y aplicacion con que oye la filosofia hasta conseguir el grado de Maestro, y despues la teología, no por apetito de saber, ni con el ansia de lucir y buscarse nombre por medio de las ciencias, sino precisa y únicamente por solicitar la mayor gloria de Dios. ¡Que trabajos, que pobreza, que afrentas no toleró, dixe mal, no deseó y recibió con grande júbilo de su alma por lograr este objeto de su encendida caridad! Pero no nos detengamos en eso; que llama toda nuestra atencion objeto mas interesante.

Ignacio no puede contener el fuego sagrado que ha prendido en su corazon; y continuamente está rompiendo ácia fuera, para abrazar tambien con sus llamas á quantos se le acercan. Una amigable compañía de gallardos jóvenes, de ingenio vivo y despejado, que, uniendo á esta ventajosa prenda, una aplicacion vehemente al cultivo de las letras, conciben las mas lisonge-

ras y fundadas esperanzas de su colocacion y fortuna nada comunes, dulcemente atraida por la sencillez y humildad de Ignacio, se inclina, primero á mirarlo con amor, despues con veneracion, luego toma los exercicios espirituales, y acabados, se entrega del todo en las manos y voluntad de Ignacio, que, como instrumento de la de Dios, hace el maravilloso portento de trasladarla de la vanidad al desprecio, de la honra, de la abundancia á la pobreza efectiva, del regalo del cuerpo á la mortificacion y penitencia, en una palabra; de compañía secular y mundana á *compañia sagrada de Jesus*. ¡Dia 15. de Agosto, consagrado á la solemnidad del triunfo con que Maria, en justo premio de su humildad y obediencia, fué ensalzada sobre todos los coros de los ángeles; dia feliz y dichoso para los miserables hijos de Eva, que, suspirando continuamente desde la tierra por el alivio de nuestros males, renovamos por ti la memoria de una dulce madre, que allá en el cielo sentada junto al trono de Dios, emplea todo su valimiento en favor de los que somos pecadores; tú en el año de 1534. harás hasta concluirse la duracion de los siglos una época venturosa al linage de los hombres, porque Dios, habiendo enviado á la tierra, despues de su unigenito varones, dispuestos á la medida de su corazon, para que procurasen su gloria y la salvacion de las almas segun las diversas circunstancias de los tiempos, en este tan

calamitoso para la Iglesia romana, madre y maestra de todo el orbe cristiano, hace de su siervo Ignacio una columna firmisima, sobre que e la tome un apoyo seguro en los terribles vayvenes con que la quiere trastornar la inobediencia orgullosa y altiva de Lutero!

¿Que importa, señores, que la Alemania toda desconcertada y revuelta, dividida en facciones y partidos, y envenenada con los errores pestíferos de tan obstinado heresiarca amenaze ruina al vaticano; y que la Inglaterra, separada por Enrique VIII. de la humilde sujecion al trono apostólico, no contenta con dar impiamente á la potestad secular la suprema jurisdiccion en las cosas espirituales, haga escarnio del sumo Pastor de la Iglesia, y persiga de muerte á todos sus obedientes hijos; que importa, digo, esto, si Dios que siempre cuida del amparo de su Iglesia, si Jesus, que prometió solemnemente jamas prevaleceria contra ella el infierno, si el Espiritu Santo, que en todos tiempos la anima y vivifica, porque formó en Ignacio un corazon generoso para obrar quanto fuere de su mayor gloria, en ese dia memorable lo lleva á la hermita del monte de los martires cerca de Paris con seis compañeros que ha juntado, y á todos les inspira hagan los votos de pobreza evangelica, y obediencia ciega y entera á la voz del romano Pontifice? ¿No admirais un portento de la di-

tra del excelso, en que, un guipuzcoano, un navarro, tres castellanos y un portugues con un saboyano, uuidos mas que si fueran hermanos de un solo parto, renuncien para siempre pátria, padres, comodidad, puestos de elevacion, y, abrazados de la cruz de un Dios hombre, pobre y escondido, solo quieran obedecer al vicario que ha puesto en la tierra, asi como el obedeció á su eterno Padre hasta la muerte? Pues entrad os ruego á esa pequeña hermita, y ved el júbilo que reyna en el semblante de Ignacio y en el de sus compañeros Xavier, Fabro, Laynez, Salmeron, Bobadilla y Rodriguez, porque, desprendidos de todo cuidado terreno por medio del voto que han hecho de guardar perpetuamente una santa y rigorosa pobreza, se obligan con otro á visitar baxo ciertas condiciones los lugares sagrados de Palestina, y no verificandose esta devota peregrinacion, á entregarse sin la menor reserva en manos del Obispo de Roma, para executar quanto les mande, ó sea en pais católico, ó provincias inficionadas de la heregía, ó bien entre naciones gentiles y bárbaras. Un solo corazon y una sola alma vivifica y alienta á los siete; y mientras que, por disposicion de todos, Ignacio vuelve á España, y camina despues á Venecia con el fin de esperarlos alli para cumplir sus votos, los seis de Paris conquistan á dos franceses y á otro saboyano, é Ignacio en Venecia, á un español. De aquellos nueve, los seis renuevan sus

votos en la propia hermita el día aniversario á los dos años de haberlos hecho; y los tres nuevos acompañando á los antiguos en tan devota ceremonia, los hacen tambien por la vez primera con iguales demostraciones de alegría santa y fervorosa.

Ya de estos once varoues apostólicos, como de un ejército bien ordenado y dispuesto á la batalla, tiembla y se estremece el infierno, de manera que, ó con enfermedades ó con persecuciones, quiere por algun lado flanquearlo. Pero no hay que temer; que si esta compañía de valientes guerreros fuese levantada por arbitrio y fuerza de un general terreno, caería sin duda á la violencia de tan crudos golpes; mas creada por el rey omnipotente con el destino de tropa ligera, que acuda á qualquiera parte donde su auxilio fuere necesario, lleva en sí gravado el caracter de firmeza, que solo corresponde á su capitán Jesus, hijo eterno de Dios vivo. Asi es que Ignacio reusando todo patrocinio humano, y armado solo del libro de sus exercicios, del deseo único que tiene de buscar en todo la mayor gloria del Criador, y de su firme y segura confianza en la proteccion divina, vence gravissimas dificultades que en tres años se le presentan, y por último en el de 1540 consigue del Papa Paulo III la ereccion canónica y confirmacion de aquella nueva compañía, causando tanta admiracion al mismo Vicario de Cristo el tenor de vida y san-

tos fines de aquellos hombres apostólicos, que, inspirados de Dios dixo aquellas palabras con que los magos de Faraon reconocieron el poder divino que obraba por medio de la vara de Moysés: *Digitus Dei est hic.*

Bien claro es que el dedo de Dios y su virtud poderosa levantaron esta no compañía, sino exercito formidable á la heregia y al error, á la ignorancia y al engaño, á la depravacion de costumbres y al libertinage, en una palabra, á todo quanto malo salga del abismo para extenderse entre los hombres, y precipitarlos á su eterna ruina. Seanme testigos los venerables Padres del santo concilio de Trento, que oyeron disputar á Laynez y á Salmeron, quando el primero solo contaba treinta y quatro años de su edad, y treinta el segundo, con tal acierto y peso de razones, que á Laynez se encarga el epítome de todas las heregias que se han de condenar en aquella sagrada junta, é Ignacio recibe en Roma muchas cartas de Obispos que le piden envíe á sus diócesis algunos de sus compañeros, para que les ayuden en el cultivo de la viña del Señor. Testigo el rey D. Juan III. de Portugal, que estrecha fuertemente á Ignacio para que seis de ellos vayan á sus posesiones de la India á instruir aquellas gentes en los misterios de la fe.... Pero no pasemos adelante.

Seis son, nada menos, los que pide á Ignacio el embaxador de Portugal, é Ignacio so-

lo concede dos. De ellos el uno queda en Lisboa, y por su medio se establece alli, y logra copiosos frutos la compañía, y el otro, solo, atraviesa la inmensidad de los mares, pisa la tierra de Goa, y con la velocidad del rayo camina en poco mas de diez años yo no sé quantas provincias, reynos y naciones, haciendose superior á todo peligro de mar y de tierra, de viento y de fuego, de asesinos y de ladrones, de civilizados, y de bárbaros de malos cristianos y de encaprichados gentiles. El domina en los ayres, se hace obedecer del abismo, á su voz se sujetan las fieras de la tierra y del mar, embota la cruda guadaña de la muerte, obliga á los sepulcros á que devuelvan las presas que habian tragado, y mas que todo esto, siente dentro de sí un fuego inextinguible, que despues de haber obrado en favor de otros, tanto prodigio, lo consume como victima de suave olor sobre el altar de la caridad á los diez años cumplidos de su apostolado, y quarenta y seis de su preciosa vida. No ignorais, señores, que este hombre divino es el inmortal Francisco Xavier, honra de la Navarra española, gloria de la Compañia y corona de Ignacio. Las provincias que mejoró en costumbres, los reynos que catequizó, las naciones bárbaras que regó con sus sudores, las almas que bautizó, no se podrán sujetar á número; y si otros diez años viviera, habria sometido el vasto imperio de la China al ligero y suave

yugo del Evangelio. Hombre verdaderamente admirable, pues aun quando Dios no obrara por su medio tantos milagros, él solo en su persona y en sus hechos seria un prodigio el mas estupendo de la divina omnipotencia. Sí: él puede decir á boca llena, respecto de los otros hijos de Ignacio, lo que S. Pablo no dudó afirmar de sí mismo, hablando de los demás Apóstoles; *Abundantius omnibus laboravi*. El.... Pero yo, señores, dulcemente enagenado con la memoria de tan digno héroe, me detenía en las alabanzas de Xavier, olvidado del buen Padre que lo engendró á la vida espiritual, y que con los ejercicios, con sus palabras, con el exemplo de sus virtudes, le inspiró esta caridad tan encendida, por la que buscó siempre la mayor gloria del Criador. Ignacio, Ignacio es el autor de tan grande bien. Ignacio, quien por medio de Xavier convierte á unos, instruye á otros, alienta á estos, atrae á aquellos, y á todos los abraza con afecto paternal para llevarlos á todos á Dios. Ignacio, quien por medio de Xavier extiende la luz de la fé á las mas distantes regiones, y no contento con haber recogido la abundante mies que le presentan las posesiones portuguesas, entra por los floridos países del Japon, y pisa los umbrales de la China. Sí: corona es y alegría del padre el hijo bueno, dice el Espíritu Santo; por lo que todos los elogios debidos justamente á Xa-

vier con razon bien poderosa pertenecen tambien á Ignacio.

Pero y ¿que tiene de particular esta nueva religion ó Compañía levantada en la Iglesia despues de tantos ordenes monacales y mendicantes, que la ilustran, ya con sus escritos, ya con sus virtudes, ya con su zelo apostólico, y ya con otros mil medios que cada uno de ellos tiene en su respectivo instituto para adelantar en perfeccion y santidad, y contribuir al esplendor y hermosura de la digna esposa del cordero? ¿Que necesidad hay de establecer uno nuevo, en el que, si se trata de una rigurosa pobreza, no se halle ordenado por el humildisimo Francisco; si de mutua union y caridad fraternal, por el incomparable Agustino; si de abnegacion total y perfecta, por el gran Basilio; si de obediencia la mas ciega, por el padre de los monges Benito; si de oracion y contemplacion, por el extático y dulce Bernardo; ó si de infatigable y activo zelo por la integridad de la fé, y vergonzosa confusion de todas las heregias, que no esté ya dictado por la celestial sabiduría de nuestro español Domingo? ¿Podrá aun hallarse otro camino diverso, que con la misma seguridad conduzca al propio fin? Os confieso yo, señores, ingenuamente que no sé dar respuesta á esas preguntas; mas permitidme el que os lleve por la mano hasta los pies del Vicario de Cristo, y no du-

do quedareis satisfechos con lo que oyereis de su boca.

Os dirá la santidad de Paulo III que el Espiritu de Dios ha sido el autor único de esta Compañía llamada de Jesus, con el fin de que *sirva á Dios y al romano Pontífice, baxo la bandera de la Cruz*. Lo mismo os repetirán Julio III, los Pios IV y V, los Gregorios XIII XIV y XV, Sixto V, Clemente VIII y Paulo V, y Urbano VIII, que entre las primeras atenciones de su nuevo pontificado expidió la bula de canonizacion de Ignacio, que su inmediato predecesor no publicó, prevenido de la muerte, no duda el afirmar seriamente que Dios, como tan providente en las necesidades de su Iglesia, quando los Reyes de Portugal por medio de expediciones militares habian abierto al Evangelio un dilatado campo en las regiones de la India, y los Monarcas Españoles en las dos Américas; y al tiempo mismo que Lutero, horrendo monstruo de impiedad, habia infestado casi toda la parte septentrional de Europa, blasfemando de la autoridad de la silla apostólica; el Espíritu Santo, lanzado desde lo alto en el corazon de Ignacio, lo docilitó á la voluntad de Dios en tal grado, que para buscar en circunstancias tan deplorables su mayor honra y alabanza, instituyó por medio de este su siervo la Compañía de Jesus con el fin de educar la juventud, de propagar la fé entre los gentiles; de defenderla contra los hereges, y de pelear varonilmente en favor de la po-

testad del romano Pontífice, sin huir el pecho de qualesquiera enemigos que la combatiesen.

Pero nó, no sigamos consultando este oráculo infalible, que por medio de veinte y dos Papas desde Paulo III hasta Pio VII. que hoy felizmente gobierna, han elogiado á Ignacio, y favorecido la Compañia con grandes y extraordinarios privilegios: abramos solamente nuestros ojos, y sin necesidad de que otro nos lo explique, veamos el fin y objeto de su instituto. Registrad el precioso libro de sus constituciones, y hallareis á cada renglon, si lo puedo decir así, estas palabras: A mayor gloria de Dios: baxo la bandera de la Cruz: servir á nuestro capitan Jesus, y á su Vicario donde quiera que nos mande, sea entre turcos, gentiles, ó hereges, entre indios ó bárbaros. ¡Que admirable disposicion la que yo hallo, señores, entre las diez partes de este breve tratado! ¡qué orden, qué discrecion, qué prudencial y juntamente ¡qué espiritu de abnegacion propia, de humildad, de obediencia! ¡qué despego aun de las mismas virtudes, pues aqui solo se busca la total y entera resignacion en la voluntad de Dios, por manera que prohíbe Ignacio á sus hijos el pretender con santo zelo, y aun manifestar simplemente qualquiera deseo de ser ellos ocupados en algun oficio, exercicio, ó ministerio alto, ó baxo, de dentro ó fuera de la Compañia, de poca ó de mucha importancia, pues deben solo estar prontos á la voz de Dios,

entendida por la del romano Pontifice, ó de los superiores inmediatos, y con este aniquilamiento de la propia voluntad, cumplir con el mayor servicio y agrado de nuestro criador y Señor! De aquí es, dexadme ahora decir lo que siento, que estas diez partes de las constituciones deben mirarse como exposicion ó comentario del libro de los ejercicios : y yo creo que quien los tomara con toda la escrupulosidad y exâctitud que ellos piden, siendo una de sus reglas escribir por orden las deliberaciones y propósitos que con la gracia de Dios se van formando sucesivamente, concluidos los ejercicios se encontraria que habia escrito, sin tenerlas á la vista, las constituciones de la sagrada Compañia de Jesus. Por lo que, así como el libro de los ejercicios es un arte original, breve y compendioso para convertir á un hombre de pecador en justo, y llevarlo con seguridad hasta lo último de la union con Dios; el de las constituciones es tambien original en su artificio y método, respecto de las de otros ordenes religiosos, y capaz por si solo, sin ayuda de otro, de hacer un jesuita digno de ser colocado entre los santos. No es ponderacion desmedida, ni efecto de calor ó de imaginacion exáltada lo que acabo de afirmar; es una verdad que entenderá por si mismo qualquiera que se acercare á leer estas ordenanzas y leyes de Ignacio, y que la demuestran con sus hechos y virtudes un Xavier, un Borja, un Gonzaga, un Kostka,

un Regis, un Gerónimo; sin hablar de los celebres martires de Inglaterra, Campion, Servino y Brianto, de los del Japon, Miki, Gotto, y Kizay, ni de los ilustres Baltasar, Alvarez, Alonso Rodriguez, Eusebio Nieremberg, los Luises, Palma y Puente, Gaspar de Salazar, Miguel Godinez, y qué sé yo quantos otros dignos hijos de Ignacio, que olvidados de sí mismos, muertos del todo á su propia voluntad, solo buscaron la de Dios, á exemplo de tan heroico Padre, y con su predicacion, escritos y virtudes cumplieron el intento sustancial de su instituto, que es solo atender á la mayor gloria y servicio del Criador. *Ite: ecce ego mitto vos.... et in quamcumque civitatem intraveritis, dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.*

Esta es la Compañia de Jesus, de origen divino, pues de ningun hombre tomó Ignacio el exemplar de ella; y solo el Espíritu Santo, guiándolo paso á paso, sin que él mismo entendiera los fines á que aquello podia dirigirse, mas dexándose en todo gobernar de Dios, y sin apartar jamás la vista del fin de su creacion, le inspiró primero los exercicios espirituales, y despues el establecimiento de este orden religioso, medios los mas eficaces para buscar su mayor honra y alabanza, siendo adorado y reverenciado de los hombres. *Dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.*

Aquí, Señores, deberia yo concluir mi

mal formado discurso; mas volved por un corto rato vuestros ojos á las dichas paredes de esta casa, obra antigua de los hijos de Ignacio, para la instruccion de la juventud, que por el espacio de quarenta y ocho años y once meses, tuvo el inexplicable dolor de llorarse huerfana, y ahora por un beneficio grande de la eterna Providencia, se vé ya, no solo amparada de ellos, sino con el indecible placer de albergarlos dentro de su recinto para bien propio suyo, y de toda la América septentrional. Los ocultos juicios de Dios que jamás debemos escudriñar, permitieron que se expatriase de nuestro suelo una Compañía fundada en Roma por Ignacio, enviada aquí por el zelo de un Borja á petición del Señor Rey D. Felipe, y planteada en México en 1572. por varones ilustres en santidad y doctrina. No creais, Señores, que desahogue yo ahora con expresiones sentidas el universal dolor que ocupó á la cristiandad desde el año 62 hasta el de 73 del siglo pasado, con motivo del extrañamiento de los Jesuitas primeros de Francia y Portugal, despues de todos los dominios españoles, y por último con la extincion total de este orden religioso; ni que os pinte el negro luto que cubrió los corazones de quantos buenos se hallan esparcidos por el orbe catolico desde esa ultima época hasta el año 14 de este siglo, pues veian á la Iglesia privada de las útiles tareas, é incesante trabajo con que estos dignos operarios

enseñados por Ignacio habian cultivado por el espacio de doscientos y treinta y tres años la mies del Señor. Es preciso venerar en silencio muy profundo las soberanas disposiciones de quienes fueron encomendados por Dios allá en cierto tiempo del sumo cargo en lo espiritual y temporal; ni menos es necesario para celebrar la restitucion de tan sagrada Compañia, dar lugar al llanto y á la pena.

México logra ya la dicha de ver nuevamente á los que, si no es desagradecida, mirará siempre como á sus padres; y en circunstancias tan tristes como las de nuestros tiempos, que son de inquietud y turbulencia, advierte en su hermoso cielo un íris pacífico, que la anuncia su mayor seguridad. El 19 de mayo del año corriente fué un dia de extraordinario júbilo, del que sentimos tan ocupados nuestros corazones, que no podian encubrirlo los semblantes, resonando por todas partes las mayores alabanzas de nuestro muy santo Padre Pio VII, y del amable y piadoso Fernando, porque ambos con poderosa mano aplicaban entonces un eficaz remedio á nuestros males, restableciendo en nuestra corte mexicana la Compañia sagrada de Jesus. Sí: remedio eficaz; no ilusorio ni efimero, que ó cure superficialmente las gravisimas dolencias que padece la desgraciada nueva España, ó se reduzca á cierto y determinado tiempo, pasado el qual nos hallaremos otra vez expuestos á los daños expe-

rimentados, por la falta de medios que con su pericia los ahuyentasen; pues no bien se restituyó á México esta noble academia de beneméritos profesores, quando tuvieron la complacencia de ser importunados para admitir baxo su direccion y enseñanza discipulos, á quienes comunicasen esta provechosa, quanto necesaria ciencia. Hablemos en terminos claros. Un no pequeño número de jovenes de las mejores esperanzas pretendieron alistarse baxo la bandera de Jesus crucificado, para servir á la mayor gloria de Dios en la salvacion propia suya y de los proximos, dispuestos á obedecer ciegamente la voz del Padre comun de los fieles. Y ¿qué no debemos prometernos de esta su resolucion generosa? Ya me parece los veo pacificando pueblos, amansando fieras indómitas, reduciendo á humilde obediencia á orgullosos rebeldes, mejorando las costumbres, catequizando á los ignorantes, extendiendo la fé por remotos países, y sirviendo en todas partes de asilo y baluarte firmisimo á la fidelidad jurada á nuestros Monarcas españoles, y á la union con la santa Iglesia de Roma. No necesitan de otras armas que de las mismas de que se valió su heroico Padre. Una intencion pura de buscar siempre la mayor gloria del Creador y el libro de los exercicios espirituales, trastornarán al mar esos montes enormísimos que les embarazen; porque no hay duda, es preciso confesar ahora tambien respecto de nuestros dias

aciagos, lo que pronunció Paulo III en orden á los suyos, hablando de la Compañía: *Digitus Dei est hic*.

Sea, pues, enhorabuena, ilustres hijos de Ignacio, que despues de tanto tiempo hayais vuelto, para favorecernos con vuestros sudores y trabajos, ya que no deseais otra cosa que emplearlos útilmente en provecho nuestro. Todos os bendicen y alaban: México os ha recibido: las otras partes de América están deseando el momento en que llegueis á pisarlas, y esos juvenes que ahora enseñais para la virtud, amaestrados con el peso de vuestra religiosa prudencia, ocuparán un lugar muy distinguido en los fastos de la provincia de nueva España. Mientras tanto, cuidad como vuestro padre, de hacerlos negarse aun al propio juicio, que es lo ultimo que el hombre llega á desechar, para que indiferentes á todo ejercicio y ministerio, solo quieran, solo deseen el mas puntual servicio y obsequio del Criador. Acor-daos que este es el punto capital de vuestro admirable instituto, y este el *principio y fundamento*, en que estrivó siempre la inimitable santidad de Ignacio.

Y nosotros todos, señores, démonos mutuamente el parabien por la restitution de este sagrado orden que tenemos ya en nuestro suelo, y del que hemos comenzado á recibir gran provecho y utilidad, pues la instruccion de los niños

y gente pobre en la doctrina cristiana es el objeto á que dedicaron su atencion con preferencia estos dignos obreros, en cuya tarea les vemos ejercitarse con actividad y contento el primer dia de cada semana. Asi que, oigamos con docilidad sus consejos, sigamos las virtudes que ellos nos enseñan, pues sacadas del libro de los exercicios de Ignacio, no son virtudes falsas ni aparentes, sino sólidas y verdaderas. Daremos en ello una prueba nada equívoca de nuestra obediencia al Vicario de Jesucristo, que los restituye á su antiguo estado, para bien de la cristiandad, y de sumision á nuestro augusto Monarca, cuyas disposiciones soberanas parecen venidas del cielo, y lo que sobre todo importa mas, asi conseguiremos un camino cierto para servir á Dios en la santificacion de nuestras almas, y despues unirnos á él con estrecho vínculo de amor y caridad en la gloria.

O Ignacio, patriarca glorioso: muro de la religion, columna firme de la santa Iglesia romana; Ignacio, honra de España: desde esa altura inaccesible en que junto al solio de Dios os hallais gozando del gran premio debido á vuestros trabajos, volved los ojos ácia la tierra; y ya que, mientras vivisteis en ella, fuisteis tan agradecido á qualquiera beneficio, atended al que ahora se ha hecho á vuestros hijos, que han sido benignamente amparados por el venerable anciano Pio, obispo de Roma, y por el virtuoso joven Fernando, digno Rey de ambas Españas.

Postraos ante el magestuoso Trono del Señor de las edades y de los tiempos, y hacedle violencia con vuestros incesantes ruegos, para que ambos gobiernen con acierto por largos y muy dilatados años en provecho de la cristiandad. Interceded por el sencillo, humilde y obediente pueblo mexicano, y muy particularmente por todos los que lo rigen en lo espiritual y temporal; pues no se os oculta el júbilo y pronta voluntad con que aquel ha recibido á los hijos de vuestro zeloso espíritu, y estos han contribuido poderosamente con la eficacia de su empeño, con la abundancia de sus luces, y con quantos arbitrios han pendido de sus jurisdicciones respectivas á este felicísimo, quanto deseado restablecimiento. Y si la real Congregacion mexicana de vuestro grande admirador y amigo Felipe Neri, mi buen Padre, os ha hecho algun servicio en tomar á su cargo el libro de vuestros exercicios espirituales, y mientras la dolorosa ausencia de vuestros hijos depositarios únicos de tan divino tesoro, ella no permitió que se olvidaran, antes bien por el largo espacio de quarenta y un años y siete meses corridos hasta hoy, desde que acabó la fabrica de la casa antigua, destinada á tan piadoso fin, ha señalado uno ó dos de sus presbíteros para que los dirijan á quantos ocurran á practicarlos; si ella ha creído ser hoy de su obligacion manifestar la parte, y no mediana, que toma en el interes de la mayor gloria de Dios y vuestros

25484
400

tra, por medio de la solemnidad presente, que aun no llena la medida de sus sinceros deseos, acordaos Ignacio glorioso, acordaos tambien de unir vuestras poderosas súplicas á las de mi amado Padre Felipe por el aumento, conservacion y progresos de este cuerpo, que cuidó de la honra de vuestro libro, y lo ha hecho explicar á los fieles con el fruto de que México mismo es el testigo, y que hoy dirige sus votos al Altísimo, por la prosperidad de vuestra santa Compañía. Y principalmente atended, os ruego, á lo que mas de cerca os pertenece, y es la dilatacion y firmeza de esta vuestra religiosa familia, que enseñasteis á pelear contra la honra, la riqueza y el deleite, armada con la fuerza poderosa de la cruz, para que, desterrando la ignorancia, confundiendo al error, atacando vivamente á las pasiones, consiga el fruto tan deseado de sus tareas, que solo es *la mayor gloria de Dios*.